

MOLINA, Álvaro. *Mujeres y hombres en la España ilustrada. Identidad, género y visualidad*. Madrid: Cátedra (col. Ensayos Arte Cátedra), 2013, 475 pp.

El profesor Molina presenta en este libro el resultado de su investigación sobre la construcción visual de la identidad y del género en la España ilustrada. Es un proyecto ambicioso en el que el autor supera el estricto y tradicional marco académico de la Historia del Arte, recurre acertadamente a la interdisciplinariedad y muestra un profundo conocimiento de las diversas fuentes visuales de la época. De hecho, uno de los aspectos más innovadores del libro es la perspectiva metodológica, ya que aúna la teoría del género con los planteamientos más recientes de los llamados estudios visuales, lo que le permite abrir nuevas vías de

investigación y comprensión de los cambios en la mentalidad que se produjeron en el siglo XVIII.

El uso de la categoría de género implica una complejidad analítica superior porque se soslayan los modelos que tienden a aislar y descontextualizar el estudio de las mujeres (o de los hombres) en su propia historia. Por el contrario, la teoría del género parte del principio de que la formación de la identidad femenina y masculina fue un proceso dinámico en el que se vieron envueltos ambos sexos y que influyó, entre otros aspectos, en las representaciones iconográficas de unos y otras. En los últimos años esta perspectiva se ha aplicado al estudio del siglo XVIII español y ha producido notables investigaciones, cuya relevancia estriba precisamente en que fue el periodo en el que se configuró el discurso de la modernidad, se debatió intensamente sobre la capacidad intelectual de las mujeres o sobre su papel en la sociedad, y en consecuencia se redefinió también el modelo de masculinidad. Molina se integra en esta corriente y hace una contribución decisiva a estos debates, desde el estudio de las prácticas visuales del periodo.

La amplitud de fuentes que utiliza el autor es, a mi juicio, otro elemento destacable del libro, ya que, además de utilizar los recursos visuales más conocidos, incluye medallas, estampas o dibujos, que habitualmente son menos reproducidos o expuestos. Esta elección queda justificada por la enorme expansión de las manufacturas en el siglo XVIII y el incremento de la actividad de las bellas artes, que contribuyeron

al desarrollo de nuevas maneras de crear, pero también de ver y ser visto. El lector tiene así acceso a imágenes que de otro modo sería complicado encontrar y se beneficia de las clarificadoras explicaciones e interpretaciones de Molina. Un mérito añadido supone que recurra en ocasiones a los textos políticos, literarios, prensa o cartas de la época para completar y ampliar la argumentación.

A partir de estas premisas, el libro queda estructurado en tres partes que se corresponden con el subtítulo: *Identidad, género y visualidad*. Al contrario de lo que cabría pensar, la identidad que se estudia en la primera parte no es la individual sino la nacional. Dicho de otro modo, el hilo conductor es el análisis de las distintas formas que adoptó la visualización del cuerpo político y del papel que tuvo el género en la construcción de la identidad nacional. El capítulo 1 se centra en la imagen que proyectó la nueva monarquía borbónica para construir su identificación con el estado español. Para ellos utiliza la distinción, que ya señaló Kantorowicz, entre el cuerpo físico, sujeto a las leyes de la naturaleza y a los valores del género masculino, y el cuerpo político, eterno y basado en la necesaria sucesión dinástica. Sin duda, en las monarquías absolutistas el rey encarnaba el poder y era la cabeza visible del estado, pero requería de un entramado político y administrativo para ejecutar las decisiones. La iconografía de los hombres de estado, las virtudes políticas y cívicas que querían proyectar con sus imágenes, así como la representación de los espacios públicos jerarquizaron

zados en los que se ejercía el poder es el asunto que se trata en el capítulo 2. Tras la imagen de la monarquía y de los servidores del estado, en el capítulo 3 se cierra el círculo con el estudio de las formas de representación de la nación española. El autor demuestra, desde el punto de vista iconográfico, cómo se produjo en el siglo XVIII un lento pero certero desplazamiento de la identificación del estado con la monarquía hacia la nación. Las formas de representación debían evolucionar a la par y la nueva comunidad política fue visualizada con los valores que la mentalidad patriarcal atribuía a la femineidad (pasividad o debilidad), frente a los masculinos que habían caracterizado al rey y a sus ministros (actividad, virilidad o dominación). El concepto abstracto de nación empezaba a tener rostro, en numerosas ocasiones alegórico, y así se potenciaba la identificación de los ciudadanos con esta nueva realidad política. Sin duda, los investigadores de las diversas ramas del conocimiento que estén interesados en el controvertido proceso de formación de la nación española en el siglo XVIII encontrarán en esta parte una aportación insoslayable. La cultura visual y las imágenes son un complemento necesario en este tipo de estudios, como pone de manifiesto Álvaro Molina.

En la segunda parte del libro el análisis recae sobre los ciudadanos y el peso que tuvo el género en la construcción visual de los nuevos modelos de referencia. La mentalidad ilustrada elaboró distintos ideales de virtud masculinos y femeninos, en función del papel social que se les asignaba a

unos y otras, y lo que se esperaba de ellos. La cultura visual se encargó de proyectarlos en imágenes y de cumplir también una función pedagógica, además de artística. Por tanto, el capítulo 4 está dedicado, por un lado, al estudio de las formas de representación del hombre ilustrado y de la imagen que proyectaban los retratos que tanto proliferaron en la época. Por otro lado, incluye un notable estudio iconográfico y contextual de la serie de grabados de los *Retratos de hombres ilustres*, con los que se pretendía recuperar a los héroes políticos, militares o literarios de la nación, a la vez que construir un pasado visual común y fomentar el sentimiento de orgullo patrio. De manera complementaria, la formación de la identidad femenina centra el capítulo 5. Los retratos de mujeres en familia, ejerciendo de buena madre o esposa, y en el ámbito doméstico, eran un perfecto reflejo del papel de educadora y transmisora de valores que se les asignaba habitualmente. Sin embargo, Molina reproduce un buen número de imágenes en las que las mujeres aparecen en el espacio público o realizando actividades de tipo intelectual, lo que reforzaba visualmente algo que ya se recogía en algunos escritos del periodo y que reflejaba los cambios que se estaban produciendo. Los debates sobre las capacidades intelectuales y morales de las mujeres o sobre la conveniencia de su participación en las nuevas instituciones de sociabilidad son brillantemente trasladados por Molina al análisis de las imágenes.

La tercera y última parte del libro amplía el hilo dejado en la segun-

da sobre los cambios que el proceso de civilización y las nuevas formas de sociabilidad estaban provocando en los usos y costumbres. El análisis visual del cortejo, como una práctica social que reflejaba la transformación de las formas de relación entre hombres y mujeres, ocupa el capítulo 6. Las pinturas, estampas o tapices en la segunda mitad del siglo proyectaron profusamente estas escenas de la vida mundana. Menos conocidas pero igualmente valiosas como objeto de investigación son las tarjetas de visita, a cuya reproducción y significado en cuanto expresión del buen gusto y de la importancia del trato social refinado le dedica el autor unas preciosas páginas. Los dos últimos capítulos que cierran el libro tratan las formas de visualización del fenómeno de la petimetría, en cuanto tipo social que surge al calor de los cambios en la vida cotidiana urbana, aunque fue un fenómeno que se extendió también a las clases populares. El petimetre y la petimetra con sus variantes (madamitas o currutacos) reflejaban una trasgresión de la identidad masculina y femenina que el pensamiento ilustrado había fomentado, así como una alteración de sus valores principales. El deseo de distinción social, el cosmopolitismo, la importancia de las apariencias o la ociosidad centraron la crítica satírica en el teatro, en la prensa y desde luego también en la cultura visual.

En definitiva, Álvaro Molina ha construido un relato visual de las transformaciones sociales y políticas del siglo ilustrado, comenzando por las formas de representación de la monarquía y terminando por los nuevos tipos

sociales. El resultado es una obra interesante e instructiva, escrita con claridad y útil no solo para los especialistas en Arte. Por eso, es una pena que la editorial haya optado por incluir todas las reproducciones en blanco y negro, y en algunas ocasiones en un tamaño que no permite apreciar la imagen en su totalidad y belleza. Las explicaciones del autor, no obstante, suplen este fallo que no es atribuible a él. Quizá también se deba a un error tipográfico el cambio de apellido de María Isidra Quintina de Guzmán.

Eva Velasco Moreno
Universidad Rey Juan Carlos